

es clara y cierta, pero como es negocio de tan lejos pocos la saben, aunque muchos presumen de entenderla; y para confundirlo todo, mezclando lo falso con lo verdadero, de manera que sus pronósticos mas sirven de atemorizar y descomponer, que de alumbrar y remediar, mas confunden con sus adivinaciones, que certifican con sus juicios. Por lo cual san Isidoro, arzobispo de Sevilla, la pone por especie de superstición; y dice Pindaro, que es ceguedad querer adivinar lo por venir. Lo mismo notó muy bien Ciceron con la doctrina de Eudoxo, discípulo de Platon, que muy de propósito se pone á dar tras los caldeos inventores desta secta. ¶

¶ Hacia yo juicio destes astrólogos, que son como los perros de Zorita, que se muerden unos á otros; de donde viene que, teniéndose cada uno por el mas acertado, canta en su muladar, como si tuviese los cielos y planetas con las influencias de todas las estrellas en la mano, para menearlas y aplicarlas adonde quisieren. Son como Icaro, el cual por mas avisado que fué de su padre, que no se subiese muy alto, pues llevando las alas pegadas con cera iba peligroso, si llegaba mucho al sol; él gustó tanto del volar, que sucediéndole la profecía dió consigo en la mar. Pues dime, ¿qué es la causa que con todo eso se van tras esto los hombres tan indiscretamente como si fuesen verdades? En la mano la tenemos, que son los hombres muy amigos de curiosidades y cosas nuevas, y estas se venden muy baratas en las tiendas destes mercaderes. De cuando en cuando dicen algo que lleva camino; pero las mas veces es acaso, y como dice el refrán castellano: quien mucho habla en algo acierta; y el demonio por acreditar esta abusión de que saca mucho provecho, en viendo que alguno se pica desta jitanería, fíngese mil embustes y trampantojos, no dejando ocasion en que le pueda hacer estropear que no lo haga; y como es tan entendido en las cosas naturales, suele ponerle en el peso algunas verdades, hurtadas de los archivos de Dios, con permission del Altísimo, por pecados de los hombres, y á vuelta destas vende otras cien mil mentiras y engaños, con que encandilan los ojos de los ignorantes, que lo merecen así por su ciega curiosidad. ¶

¶ Decia entre mí, que aunque esto tuviese alguna certeza, no se habia de escuchar por una razon harto evidente; porque, ó estos noveleros adivinan cosas prósperas ó adversas; si prósperas no verdaderas, hacen miserable á un hombre esperando en vano; si adversas, también es suma miseria estar en continuo recelo de lo que no ha de ser. Si es verdadero el mal que anuncian, ya le padecemos antes que venga; y si es bien lo que se pronostica, se siguen dos daños, el trabajo y congoja del esperar, y el tener perdido el parabién del inopinado, porque le desmoronó la esperanza adelantada; la salud, hacienda, contento y vida y prosperidad, con el remedio de cuantos infortunios pueden suceder en el mundo, tiénele Dios reservado para sí; por lo cual ni se han de pedir á quien no es dueño, ni demandar á quien lo puede dar con los medios indiscretos que estos maestros de falsas brújulas enseñan; y quien hace lo contrario es muy necio, por mas que presume de resabido. La raiz deste vicio está en el apetito que reina en los hombres de cosas nuevas; y como el demonio los ve ser tan amigos de invenciones, y á él no le faltan mañas para fingirlas, luego les arma el lazo en lo que gustan, encantándoles con su reclamo. En razon desto pone gran fuerza en hacer tal ó tal cosa, en tal ó tal hora, y no á otra, casarse en tal dia, comenzar camino, salir al campo, labrar las tierras en tal punto y no en otro, mirar al oriente, hacer un cerco con ojos cerrados, señalar números nones y no pares, poner tantas candelitas que ni sean mas ni menos, escupir acia la mano izquierda y no á la derecha, con otras abusiones tan de juego como el de pasa-pasa. Mas el cristiano, en recibiendo el agua del santo bautismo, no debe reparar

en tales supersticiones, que son parientas de la idolatría. ¶

¶ Pareciame muy á pelo la declaracion que á este propósito hace san Jerónimo en aquel lugar, que Nabucodonosor, en el vencimiento del rey Joaquin, saqueó algunos vasos que habia en el templo de Hierusalén, y los puso en el de su idolo; y dice, que por estos pocos vasos que se llevó Nabucodonosor, se entiende la doctrina destes vanos filósofos, los cuales, con hacienda ajena, quieren ganar honra de su enseñanza. Y dice mas: que por haberles puesto en Senaar, que es tierra de Babilonia, donde antiguamente edificaron los otros la torre de Babel, viene redondamente á estos estreleros; pues con sus juicios no hacen otra cosa sino intentar de subirse al trono de Dios, escudriñarle sus secretos, y dar orden en su casa, como si fuesen dueños della; pero como aquella fué tierra y obra de confusion, así es todo cuanto dicen, siu orden, sin propósito ni fundamento. Viene de aquí muchas veces que, con el guistillo de las curiosidades, se van los tales del pié á la mano, y no hacen escrupulo de cautivar la libertad de nuestro albedrio, á trueque de decir un punto que parezca sutil y delicado. ¶

¶ Esforzábame y cobraba grande ánimo con estas consideraciones, para no temer lo que me habian dicho, que solo servia de hacerme vivir penado y apesarado. Intentaba de mudar de vida; porque aunque fuese así, que de mi nacimiento se pudiese inferir la que me señalaban, es averiguado que virtudes vencen señales, y cuando algo fuese de lo mucho con que ellos atemorizan, Tolomeo, principe y maestro de todos, puso por conclusion averiguada, contra todos los temores que las influencias del cielo podrian causar, aquella comun sentencia, *sapiens dominabitur astris*, como quien dice, que los necios se dejan llevar de semejantes miedos, y así se ahogan en las ondas del temor; porque el hombre cuerdo riese de todo ello, sabiendo que la llave de su libertad no se la pueden hurtar ningunas indisposiciones de los planetas. Pero quede á una parte Tolomeo y los demás, en donde su divina Majestad puso su decreto, por ser este negocio grave; y dijo por Heremias: *justa vias gentium nolite discernere, et à signis caeli nolite me tuere quæ timent gentes, quia leges populorum vanæ sunt*. No te encarriles tras los otros que van camino de perdición, ni temas las señales del cielo, porque es vanidad la que en esto fundan las gentes: señor es cada uno de sus operaciones, sin que toda la máquina del cielo y elementos, estrellas ni planetas, sea bastante para necesitarle contra su voluntad á cometer ninguna culpa. Puede el demonio, aprovechándose de la complexion y alterando las pasiones del alma, solicitar, tentar, hurgar, requirir y convidar con el pecado; pero forzarle mediante las estrellas y constelaciones de su nacimiento, es falso; porque cada uno tiene el mero y misto imperio de su libertad; y así lo asentó el concilio de Trento, y si peca libremente, peca sin violencia alguna. Es verdad, que es muy considerable la proporcion de los elementos que en la organizacion del cuerpo se juntaron; porque aquella conjuncion de elementos, de que el cuerpo resulta, está debajo el movimiento del cielo, del cual recibe las influencias; pero el movimiento está registrado por la inteligencia ó angel que regularmente le mueve; y la inteligencia está ordenada en su virtud motiva por Dios nuestro Señor, y Dios no tienta á nadie para hacelle caer en mal, y así la complexion no es causa del pecado, aunque el diablo usa della como de instrumento para tentar, porque sabe él, que en pena del pecado de Adán quedó la naturaleza humana corrupta. Y en razon desto no hubo en el mundo otros cuerpos regular y proporcionalmente templados, que los médicos dicen eucráticos, sino el de Cristo nuestro redentor y de nuestra Señora; y aunque el bautismo quita el pecado, no quita el fomes, que es la inclinacion del mal por la corrupcion de la naturaleza humana; y así el diablo enreda el libre albedrio,

depravándole con la concupiscencia nacida de la ignorancia y del apetecer un bien aparente, y da á entender que es lance forzoso y fuera del cielo, para que los hombres crean que no tienen culpa, y que caen por rigor de sus planetas, signos y ascendentes. ¶

¶ Estaba el sabio Bion oyendo platicar á unos astrólogos de las figuras del cielo, y gustaba mucho verlos como lo medían á palmas, y decian: «¿veis allí las ursas mayor y menor? Aquella se llama Lira, aquella otra se llama Casiopea, desde aquí se divisan el Pegaso, el Triángulo, la Andrómeda, la Sierpe y Delfin.» Rióse con muchas veras y dijo: «mirad en qué gastan estos su vida, no ven los peces del rio estando junto á su ribera, y paréceles que descubren los que andan en el cielo, estando tan lejos de ellos.» A Tales, que mirando al cielo y su curso cayó en un hoyo, dijo una buena vieja: «como piensas alcanzar las cosas del cielo, si no ves lo que tienes ante los ojos?» ¶

¶ Por muchas razones se me representaba cuán condenada sea toda manera de adivinar, y no reservo la astrologia judiciaria, que está llena de mil fealdades con que el demonio, su autor, por medio de aquellos malos ángeles que antiguamente se juntaron con las hijas de los hombres, segun el abad Sereno, trae embaucados los que se pican de curiosos, y con cuyo cebo los coge, como el pescador los peces con el guistillo del gusano puesto en el anzuelo. Este parecer es de los santos doctores Basilio, Gregorio, Augustino, Eusebio y otros que largamente declaran cuánto riesgo corren las personas dadas á este vicio, por ser lazo donde el demonio enreda muchas almas. A lo cual añade Rodiginio que en esta vana curiosidad, con que los hombres se dieron á escudriñar la potencia que las estrellas tienen sobre nosotros, tuvo principio la herejía de los maniqueos, los cuales, encandilados con estas luces, vinieron á negar la libertad del libre albedrio contra la verdad que el Espiritu Santo nos predica, diciendo: *Deus ab initio constituit hominem, et reliquit eum in manu consilii sui*. Aquila Póntico, como escribe san Epifanio, fué echado de la Iglesia, porque se daba demasiado al estudio de esta impertinencia, con ser un varon grande intérprete de las Escrituras; y solo tomaron por motivo que se atrevia á considerar natiuidades y levantar figuras, que á la verdad, está á canto de hereje el que esto profesa, y así lo oi muchas veces á un grande doctor letrado de grave censura y consejero del rey de España, y aun le vi, por solo celo de caridad, amonestar muchas veces á un astrólogo que dejase el perdido estudio, porque si no, acabaria mal; y cual si fuera profeta, en breves dias sucedió así, que le mataron á estocadas, sin que él lo hubiese rastreado por sus falsos augurios. El papa Alejandro III privó por un año á cierto sacerdote del ministerio del altar, por solo haber consultado un astrólogo en no sé qué hurto que le habian hecho. Y aun entre gentiles fué mal recebido este género de encantadores; y así Augusto, emperador, los mandó echar de Roma, como refiere Dion; y lo mismo hicieron los senadores, siendo cónsules Fausto Sila y Silvio Oton, segun dice Cornelio Tácito. Y bien mirado, no es mucho que pareciese tan mal á los príncipes de la tierra esta superstición; pues el del cielo tan de atrás la tiene descomulgada. *Ego sum Dominus* (dice por Esaías en el capítulo cuarenta y cuatro) *irrita faciens signa divinatorum et ariolos in furorem vertens, convertens sapientes retrorsum, et scientiam eorum stultam faciens*. Con este mismo espíritu la Iglesia persiguió siempre estos astrólogos judicarios, segun hallamos en la segunda parte del decreto, por muchas cuestiones, en el concilio Bracarense primero, y Toletano primero y otros. ¶

¶ Y aun los gentiles particulares, sin esta luz, tuvieron mal concepto desta manera de gente, como se ve en Favorino, filósofo, el cual les persigue con tantas veras y tanta multitud de razones, que debrian correrse los cris-

tianos, viéndose tan afrentados por un étnico, si el demonio no les tuviese tan embaucados. Y el gran Sócrates vino á decir, segun Eusebio, lo que cifra toda esta materia: *cognitio futurarum rerum quæ sunt in potestate Dei, non est hominibus procuranda, nec enim possunt homines eas res cognoscere, nec Deo gratum est, si quæ ille occultavit, ea mortales velint nimis studiosè curiosèque rimari*. Vinome al pensamiento que por esta vana curiosidad de astrologia tuvo principio la perdición del emperador Eracijo, con la secta bestial del sucio Mahoma, porque el César, ocupado en la judicaria, queriendo por ella saber las cosas por venir, y los secretos que el Altísimo tiene reservados para su pecho, no hizo caso de oprimir el primer levantamiento de aquel bruto, con lo cual creció como espuma del mar, llevando tras sí toda la vascosidad de gente que topaba. Por esto se perdió Prisciliano, hereje, hombre de altísimo ingenio. Y aunque hubo entre los romanos un Julio César, entre los mauritanos un rey Atlas, y entre los españoles un Alonso X, todos grandes astrólogos: que el primero corrigió el año, el segundo alcanzó la esfera mas que ningun antepasado, y el tercero hizo las tablas que llamamos alfonsinas; pero todo esto ya no es menester en el mundo, y fué tiempo perdido, y cebados en esto los hombres se descuidan de lo mas importante, como significaban los antiguos en la fábula de Prometeo, que fingieron estar atado al monte Cáucaso, y que un águila le roía los hígados, siendo así que fué un grande astrólogo de los asirios, que en aquel monte gastó lo mejor de su vida en la consideracion de las estrellas, y como este cuidado le desentrañaba, no le daba lugar de pensar en otra cosa. ¶

Tantas cosas me presentaba la fantasía, que ocupé casi todo lo que quedaba de la noche; y cuando amanecía, de puro cansado de mis discursos, me dormi sabrosamente hasta cerca de las nueve de la mañana, que fué menester me recordasen. Salía mi amo á un paseo que solia hacer todos los sábados por la mañana á Nuestra Señora de Atocha. Era aquel dia de fiesta señalada, y habia solemne fiesta y sermon, acudia mucha gente, yo no pude ser tan diligente en vestirme que pudiese seguir á mi amo, que, cuando salí, ya se habia ido; pero por no parecer del todo ingrato, y acompañarle de vuelta, me fui acia Atocha.

CAPITULO V.

En que Guzmán dice lo que le pasó en el camino de Atocha; trata de la ambicion y valor de las mujeres, y la compasion que debemos tener de los prójimos.

Salí de casa con el presupuesto de ir á Atocha, y hallé en el mismo camino mucha gente que seguia la misma derrota; y como iba embebecido y descuidado, siento que me dan un golpe en el hombro y un empellen diciendo: «apártese, galán;» vuelvo la cara, y veo era un corchete ó alguacil que hacia lugar á un alcalde de casa y corte: quedé al principio muy espantado, porque tenia la cola de paja, y el gusano de la conciencia me presentaba muchos testigos de mi culpa, y pensé sin duda ser preso. Cuando vi que pasaba de largo, parece que me hicieron donacion de la libertad, y como que me la hallara en la calle, quedé muy alegre. Vi algunos que acompañaban al alcalde por tenelle grato, y algun cataribera por ambicion de que le valiese en sus pretensiones, y con su favor granjear crédito y ocupacion en su abogacia. Maravillábame que hubiese nadie con su ambicion, como yo naturalmente estaba tan apartado de tenella. Válame Dios (dije), ¿qué es esto? Van los hombres forzados á abajar, con ser graves y pesados, y naturalmente llevarlos á eso sus cuerpos, van de mala gana y por fuerza; á subir con gran prontitud y diligencia no es menester forzarles, que ellos se ofrecen á los lugares altos y echan rogadores: para subir se encaminan los estudios de tantos años, los colegios de Salamanca tan pretendidos, las renunciaciones á veces fin-

gidas de bienes, que no son sino echar ropa fuera, y ahorrarse, y tomar de mas atrás la corrida, para subir mas alto: los grados tan costosos, grados son y escalera que se hacen para facilitar la subida.

¶ Bien le compararon al ambicioso á Ixion, el cual dicen se enamoró de Juno, y resolvió de requerirla de amores; y Júpiter enfadado desto, hizo que una nube tomase la forma de Juno, á la cual llegando Ixion, mostrando quedar satisfecho, nacieron de aquel imaginable ayuntamiento los centauros, que son monstruos medio hombres y medio caballos, y á Ixion por este desatino echóle Júpiter al infierno, donde puesto en una rueda dicen que está siempre en perpetuo movimiento, ya en lo mas bajo de la rueda, y ya en lo mas alto. En griego Ixion quiere decir dignidad, y Juno era llamada diosa de los reinos y señoríos, y así se colige bien desta fábula, que el ambicioso, que es aquel que con el afecto transformado en la dignidad, enamorado del poderio y perdido por verse señory con mando, hállase envuelto en la nube de su vanidad, de cuyos imaginarios desvarios nacen monstruosos pensamientos y bestiales pretensiones, con que, como puesto en la rueda de su vana esperanza, pasa el miserable al infierno de su desasosiego. Bien me contenta el dicho de san Bernardo: « ¡Oh ambicion, cruz de los ambiciosos! ¿Cómo atormentando á los hombres, á todos agradas? » Ninguna cosa hay que mas atormente ni que mas inquiete, y con todo, en ninguna cosa hacen mayor negociacion ni mas gallardo oficio los mortales; y es vicio tan nuestro, que lo es de la propia naturaleza, y ella nos le pega en su principio antes que nos dé al mundo nacidos, que así acaeció á Jacob y Esaú, que porlaban por nacer primero el uno que el otro por ganar la primogenitura. Los dos hermanos, hijos del Zebedeo, licitamente pretendian las sillas, pues las pedían al Señor. Otros hay que sin pedir las á Dios, ni dárselas, se alzan con ellas, que es un grave caso y un daño que hoy corre muy de ordinario y poco advertido en los siglos presentes, y señaladamente en prebendas de iglesias, mal pretendidas contra el legitimo dueño, y lo que es mayor mal, que después de alcanzadas, ó el injusto tirano se queda con ellas, ó si acaso no puede, por estar cargo de otras incompatibles, allí sale al partido y carga pension, quedando seguro á su parecer con el injusto concierto. ¡Oh cuántos hay hoy engolfados en pensiones mal poseidas, y en otros partidos y tiránicamente sacados de pobres, por ser ellos validos en corte romana ó favorecidos! Verdaderamente diré que es extraño el encanto del mundo, el cual atrae con falsas imágenes y mentirosas pinturas de bien, y son ponzoñas mortales. Y cuando ha emboscado á uno, y héchole suyo y sujetado á su tiranía, ¡en qué cuidados y enfados lo mete, en qué solicitud y bascas, en qué trabajos, cuidados, congojas le intrica! Si no hubiese otro infierno, como lo creemos, ¿no le parece que es harto infierno el que lleva un ambicioso, que no pone limite á sus honras y presidencia? ¿Cuán á propósito dijo el glorioso san Crisóstomo, hablando desta codiciosa ambicion! « Por esta son mudadas las leyes de la propia naturaleza, y se han alzado los términos de la consanguinidad y parentesco, y hasta los derechos de la propia sustancia y vida se han corrompido. » Mas no quiero pasar adelante en vicio que tanto me aprieta, que naturalmente fui inclinado á vida filosófica, sin propios, aunque no lo hacia por imitar el dicho de san Pablo: *habentes alimenta et quibus tegamur iis contenti sumus*; sino que siguiendo el hilo de mi gusto y pasatiempo, me parecia que aun el atesorar y buscar hacienda era inmenso trabajo, y que para gozar de descanso y vida ociosa, habia de dejar este mortal cuidado á una parte. Mira cuán suave es el yugo de Dios, que aquello que es bueno para el alma lo es también para el cuerpo; que quiere Dios que le dejen ese cuidado, y que buscándolo lo que nos conviene, que es la vida eterna, este otro se nos añadirá; no pienses que el amor desordenado, de las riquezas enbriaga los cora-

zones con menos poder que la lujuria; y aunque no corran tan á las parejas que no reconozca esta superioridad á otro, pero la primer victoria de la castidad (segun dice san Ambrosio al emperador Valentiniano) es vencer el apetito de las riquezas; porque no será casto quien ama las riquezas. Miralo, porque con este anzuelo pesca el demonio muchas almas que no tenían pensamiento de hacer vileza; con esta rosa cubre Satanás las espigas que traspasan el corazon, y con esta añagaza muerta caen muchos pájaros vivos en la red de la sensualidad. Bien lo proveyó Licurgo, pues no consintió que los suyos usasen de moneda, sino que mandó comprar y vender, cambiando unas cosas con otras, segun el historiador Justino; mas al cabo no le valió; y así fueron los lacedemonios cayendo poco á poco de aquella generosidad que sustentaban. Parece que fué de mi opinion el filósofo Platon, el cual mandó en su república, que ningún padre trujese tratos gruesos con que se pudiese enriquecer demasiado, para dejar á sus hijos grandes herencias y posesiones, juzgando ser este certísimo camino para hacer los tales muchas sinrazones á los demás. ¶

¶ ¿Qué afanados via yo ir aquellos mercaderes de la corte, queriendo enriquecerse en cuatro dias, y pareciéndoles que sola esta ocasion del casamiento del rey nuestro señor y viaje de Valencia les habia de hinchar la casa de dinero! Corre el otro los mares con su trato para sacar este provecho; ni mira si es honesto y justo lo que pretende, si puede ó no puede conforme á conciencia, si le será mal ó bien contado: solo procura su ganancia, que de los duelos ajenos no se le da un clavo. Jamás aproveché para mercader, porque no supiera guardar la mercadería de un tiempo para otro, ni me acordaba de mañana; contentábame con aquel dicho, que mucho tiene quien poco desea, y que con nada está contento quien no se satisface de lo que basta; porque las codicias se ensartan como cadenas de eslabones; que do acaba el primero halla principio el segundo, y el fin del pasado dispone la trabazon para el siguiente, y al fin todo es afán y aficcion de espiritu. Pasé adelante, y halléme en Atocha entretenido con estos discursos, con que alivié el camino como si hubiera ido acompañado. Hallé toda la iglesia muy llena de gente de lustre, muchos principes y caballeros, y sobre todo, muchas damas que acudian como á nuestra Señora de lo mas lejos, y bien mirado cierto que es mal que á las mujeres se les dé por denuesto lo que es mucha virtud suya, no perdona al trabajo por acudir á la devocion y servicio de Dios nuestro Señor. ¶

¶ Y pues esto se nos viene á las manos, no será bien que se pase por alto, ya que tantos con poca ocasion las vituperan; que pues hay muchas buenas, desengañemos al mundo que sin duda esceden á los hombres en bondad, esfuerzo, devocion y castidad, fortaleza, industria, vergüenza y liberalidad, y sobre todo en cristiandad. Grandes ejemplos hay desto, aunque los señalaré con grande brevedad. Minerva (apurada bien la verdad, no fué la diosa que dicen, sino mujer que nació el año cincuenta y ocho de la edad de Isaac), inventó el aceite, las armas y el arte militar; dió forma de armar y del orden bélico en la pelea; Artemisa, reina de los halicarnaseos, fué valerosa en armas, y se halló en muchas batallas, y venció en una naval á los de Rodas, hizo el mauseolo, sepulcro que fué una de las siete maravillas del mundo; Semiramis, reina de Babilonia, gobernó cuarenta años con grande admiracion, acrecentó el imperio, cercó de ladrillos la famosa Babilonia, y edificó muchas ciudades; Hipólita, con todas sus amazonas, tan belicosas que con haber sido verdad su historia apenas la cree el mundo; Cenobia, reina de los palmirenos, señalada en armas; Hipsicratea, mujer del rey Mitridates; Valasca, reina de Bohemia; Atalanta, de Arcadia; Teuca, reina de los iliricos; Mannia, reina de Egipto, que, antes del advenimiento de Cristo á nuestra redencion 577 años,

hizo temblar el imperio romano, venciéndole muchas veces; Tomiris, reina de los scitas, se opuso con su ejército al gran Ciro, rey de toda la Asia, y le venció, y su cabeza hizo nadar en sangre humana, diciéndole: « hartate de sangre; pues tanta sed tuviste della; » Amalaziunta, reina de los godos; Margarita, mujer del rey Enrico VI de Bretaña; la Poncella, de Francia; María Puteolana, de Campania, contemporánea del Petrarca; y en suma, en armas pudiera referir tantas, que solo sus nombres hubieran menester grande volumen. En honestidad en otro lugar he referido muchas, porque son sin número, y así me remito á las infinitas que celebra la Iglesia católica. En sabiduría, María, hermana de Aaron, es alabada en las divinas letras; la reina Sabá; las Sibilas; santa Caterina, virgen y mártir; Marcela, Fabiola y Paula, romanas; Eudoxia, emperatriz, que compuso muchas historias evangélicas en verso, á imitacion de Homero; Safo de Lesbía, lírica, fué muy grande poetisa, y della tomó nombre el verso sáfico que ella inventó; Aspasia, milesia, y Patia, de Alejandria, grande astróloga; Pola Argentaria, que ayudó á su marido Lucano á corregir los tres primeros libros de la Farsalia; la griega Leoncia, doncella que escribió contra el filósofo Teofrasto; Proba Valeria, muchacha romana, de tan maravilloso ingenio, que de pedazos de versos de Virgilio, hizo un libro de los misterios de nuestra santa fe; y doña Isabel, mujer del rey don Alfonso el X, escribió maravillosamente en astrología, y por no cansar, dejo otros muchos ejemplos. ¶

¶ Y pasando á la alabanza en materia de cristiandad, ¡cuántas han sido causa de la salvacion de sus maridos! A la santidad de Teodosio, emperador, fué grande ayuda su mujer, que le reducía á la memoria los preceptos y leyes de Dios, encargándole que considerase de quién habia sido y de quién era, diciendo: « si esto considerais, jamás seréis ingrato con quien tanto bien os hizo. » A la conversion de san Augustin, gran lumbreira de la Iglesia, su madre santa Mónica; y porque la sagacidad y prudencia de la mujer suele ser muchas veces medicamento de los vicios del marido, dice el Espiritu Santo: « la mujer prudente edificará costumbres en su casa; » y en otro lugar: « por la buena mujer, muchas veces se salva el hombre malo. » Por lo cual fué costumbre en algunas provincias, que las mujeres eran las componedoras de las amistades, y aun suelen hoy en el mundo ser las que se ponen de por medio por bien de paz. En materia de clemencia y misericordia es cosa natural ser mas misericordiosa la mujer que el varon; y así lo afirma Aristóteles, y dice el sabio: « adonde no hay mujer, guay del enfermo; porque ellas son muy compasivas y serviciales; guay del necesitado de servicio que se halla en una cama doliente, si no tiene mujer que le sirva, y que use de su acostumbrada clemencia y misericordia, de su compasion y diligencia. » Pues, ¿qué diré de su devocion y temor de Dios? La Iglesia dice: « roguemos por el devoto género femenino; » y el Espiritu Santo: « la mujer que teme á Dios, esa será alabada; alabada todós en sus obras: » como sea que la alabanza es el fruto que en esta vida se da por ellas; que esto es decir que le den el fruto de sus manos, que aunque nadie les alabe, y las lenguas callen, las mismas buenas obras serán pregoneras de sus alabanzas. Pues en materia de su hermosura, que es lo que desea oír, con la cual se señala muchas veces la hermosura interior, ¿qué cosa hay mas insigne, mas agradable y apacible? Á muchas las alaba desto la sagrada Escritura, y es un don real dado por naturaleza, segun dijo Jenofonte. No consiste la hermosura de una mujer en que tenga un brazo bien medido, ó un pié graciosamente proporcionado, sino en que la composicion y belleza del rostro sea tan admirable, que quite la admiracion á todas las demás partes, y esta tiene grandísima fuerza en atraer. Por lo cual Sócrates la llama suave tiranía, Aristóteles carta de favor, Platon privilegio de la naturaleza, Teofrasto

blando engaño, Teocrito dañoso marfil, Carneades reino solitario, y Origenes triunfo de los valientes; otros la llamaron imperio sin soldados, pues todo lo rinde y sujeta. ¡Qué estremada cosa fuera, si no tuviéramos tan grande certeza de que es deleznable y fugitiva, como la sombra frágil y de poca duracion! Concluyo pues, que las mujeres son muy escelentes, y se aventajan á los hombres en cristiandad y devocion, y por eso no reparan en ir á visitar los lugares y iglesias santas, aunque estén muy lejos. ¶

¶ Y dejando á una parte esto, en que me he alargado mas de lo que pensaba, vuelvo al caso, y digo, que hallé que estaba predicando uno de los de la fama, que se llevaba toda la corte tras si; apenas pude tomar lugar de donde le pudiese oír, que el gran concurso y saber que era muy nombrado, me dió deseo de ver algo del sermón. Trataba de la virtud de la compasion, y referiré algo de lo que oí, porque me pareció que aun venia la presencia la fama del predicador. Decia pues que las obras de Cristo nuestro redentor son ejemplo nuestro; y pues sabemos lo que padeció por la compasion de nuestras culpas, de las cuales se condolió tanto como si propiamente las hubiera cometido, y con sola contricion y dolor las hubiera restaurado: el verdadero cristiano, como miembro de tal cabeza, imitando tal compasion, no solamente debe llevar su cruz, que son sus propias aficciones, mas debe compadecerse primeramente de la intolerable pasion, de las incomprendibles angustias, de los menosprecios y afrentas que su liberalísimo Redentor por él quiso sufrir; porque ya que no puede responder en correspondencia en el grado del tanto, correspondá siquiera en el grado de proporcion. Que así como nuestro benignísimo Salvador tuvo pasion de sus penas, que inocentísimamente padeció, y compasion de las nuestras, así nosotros suframos con paciencia las penas que muy bien merecemos, y tengamos compasion de las de nuestro inocentísimo Jesus, y vamos mentalmente los pasos y estaciones de su pasion, y hagamos cuenta con viva fe y pia afeccion que nos hallamos presentes, y luego entraremos en la compasion, que en segundo grado debemos tener de nuestros prójimos, y vestiros hemos de la persona de cada uno, diciendo con el apóstol: « ¿quién tiene enfermedad que yo no la tenga? ¿quién recibe escándalo que yo no me abraza de pena? » Desta virtud de compasion están tan ajenos algunos, que adonde habian de acudir con misericordia abundan de menosprecio y desdén. ¡Cuán lejos van de ser miembros conformes á su cabeza! Pasearnos hemos con los ojos del alma por las angustias de las edades, de los estados y de las personas particulares, cuyas pasiones y alligamientos vinieren á nuestra noticia. ¶

¶ Miremos cuántos habrá cada dia en el mundo que, por algunos sustentos que padecen las madres del vientre, se van al limbo donde son privados de Dios para siempre jamás. Consideremos mas adelante el parto, que es un traslado de muerte visible; ¡cuántas habrá en la ciudad que, estando nosotros riendo y holgando, están ellas en el agonía del parto, y ya que escape el niño ó del limbo, y la madre de los tuertos que de derecho le viene, tiene sesenta dias abierta la sepultura! La madre y el niño que sale á luz saca treinta y cinco enfermedades de la herencia del vientre, para mientras mamare. Pues adelante, cuando se multiplican los partos y niños, y no se corre el oficio, y las madres no tienen que comer, ¡cuántos pobrecillos tienen cuarema perpetua, que nunca se acuestan tan hartos que no comieran mas si tuviesen! ¿Por qué no nos compadeceremos del niño desnudillo y descalzo, que le vemos llevar un pan en la mano y un jarrillo con cuatro maravedis de vino en la otra, y la taja debajo el sobaquillo, y va aguijando á su casa por la parte que le ha de caer de aquel pan, que se ha de repartir entre siete, que segun están siempre desbambardillos, harian

pascuas de los desechos de otros? Después de grandes, ¿cuántos se van á perder, acosados de la pobreza, unos por mar, otros por tierra, y con todo eso todos son redimidos por el mismo piadosísimo Dios, que redimió á los ricos y poderosos! Si alargamos los ojos por los estados, ¿quién podrá pasar el anchura de los respetos que atormentan y tiranizan el sosiego del alma? ¿Quién puede rastrear las guerras espirituales que andan por los grandes señores? ¿Quién se condolece de la esclavonía voluntaria que padecen, que por solo cumplir con los miradores ponen sus conciencias en detrimento? Aquí se descubre un mar inmenso de lástimas dignas de compasión. Porque adonde parece al vulgo que todo es cuento, y que solo la envidia tiene lugar, allí acude el discreto con lástima y mayor compasión, y es grande la pena de ver que por sus pasos contados se van los hombres á pagar el escote de todo lo que como dispenseros recibieron en esta vida; que las pompas, los regalos y ofrecimientos, cotejados con el dar de la cuenta, se reputan por los mayores trabajos y angustias que en esta vida pueden tener. Miremos pues los acaecimientos y desastres particulares; los rios, campos, juegos, plazas y horcas que cada día reciben las parias de sus tributarios. Lo que si atentamente se considera, ¿quién habrá que no vea ser sus penas livianas, y que se contenga de llorar con los que lloran? Es cierto que se ha de condoler del mal de sus prójimos para hacerse miembro proporcionado (en cuanto pudiere) con su cabeza, que es Cristo, en cuya pasión, el que incorporar la suya y se condoleciere de las penas della y de las del prójimo, ofrecerá á Dios en sacrificio su vida, y dará fin á las propias pasiones, que delante la verdadera pasión se mitigan. †

CAPITULO VI.

En que Guzmán refiere cómo se desacomodó de casa de su amo, y una plática que se le hizo para inducirle á paz y amor con su enemigo, por lo cual determinó de hacerse fraile.

Acabóse el sermón y la misa, púsemé en parte de donde pudiese ver á mi amo; pero era tanto el tropel de gente, caballos y carrozas, que no pude dar con él. Quedé solo, y volvíme á casa, donde fácilmente se me admitió la escusa, y aunque por esta vez salí bien, presto di al través con mi buen asiento, que en mí era maravilla la duración. Sucedióme que el mismo día recibí mi amo en su servicio, entre tanto que yo tardé de llegar á casa, un manebito, hijo de vecino de Alcalá, con quien yo había tenido muchas diferencias; y nos duraba una enemistad y odio mortal; que en pechos de tan poca edad es muy fácil conservarse la cólera y muy difícil el reportalla. El negocio de nuestra pesadumbre había sido de consideración, y así daba con la memoria nuevos aceros al odio y mala voluntad. Cuando yo llegué, aunque supe que se había recibido paje nuevo, y que era de Alcalá, no me di á cate, porque no le ví, que tomó licencia por dos días para despedirse de su madre en Alcalá y recoger su hatillo. Pero siendo puntual en la vuelta, topámonos yo que salía de casa y él que entraba, y como yo no sabía que fuese el recibido, pensé que sin duda venía á buscarme, porque traía su espada en la cinta, y se alborotó mucho en viéndome. Siempre fui amigo de prevenir y no ser prevenido; pongo mano á la espada, y como le cogí algo turbado, y que hubo menester tiempo para desenvolverse, alcancéle un piquete en la mano izquierda, con que fué al reparo; luego al ruido acudió mucha gente, y salió la de casa, y mi amo se puso á una ventana, y como me vió tan descompuesto, llamóme; no quise aguardar, porque en la corte se castiga mucho solo el meter mano; fuime poco á poco á San Felipe, acompañado de otro criado de casa amigo mio, el cual después volvió á visitarme, y me declaró el enigma de que aquel era el paje nuevo, y que luego fué curado, y no era nada, y que había

sentido mucho mi amo el mal recibimiento que le hice; pero que habiendo tenido noticia que eran enemistades viejas, deseaba hacernos amigos. Yo estaba muy fuera desto, porque no quedaba satisfecho, ni se había disminuido mi cólera; que después que me había visto en talle de hombre honrado, con vestido galán, había subido de punto mi presunción, humos y desvanecimiento, y sentía en mucho lo que antes tuviera aun por honra, pues estaba enseñado al empujón, y que me despidiesen cada día los estudiantes de sus casas, cargándome de palabras sin que yo osase abrir la boca; y ya con el nuevo brio me parecía que estaba obligado á deshacer el nombre de mi enemigo.

† ¿Qué extraños efectos hacen en el hombre su propia fantasía y el estado en que se halla! ¿Qué bien se dijo que honras mudan costumbres! No digo yo que en cualquier estado, aunque sea de pobres, no haya sus vicios; y aun en esta materia de ira no se hallen sus excesos; que opinión fué de los peripatéticos, que aun los hombres sabios no se desnudan fácilmente desta pasión, que es tan natural, pero que de eso les sirve el ejercicio con que se habitúan á vencerlas, enfrenándolas de manera que aunque estén vivas no parezcan. Mas en mi enocia notable diferencia del tiempo de mi mendiguez al tiempo en que me hallaba, que me parecía ya grande de Castilla. Hallé por experiencia que es esta pasión de la ira de tal calidad, que despeña al hombre y le hace dar por las paredes como ciego, y que se habría de llamar en buen romance locura y frenesí del corazón, porque priva de seso á los muy sesudos, de concierto á los muy concertados, y de prudencia á los muy prudentes, y ningun tempestuoso y peregrino turbion es de mas peligro que un pecho arrebatado de la ira; pues las cosas ajenas no respecta, y en las propias no tiene voto. Porque, encandilados los ojos de la razón con aquel súbito relámpago, ni distingue entre lo justo é injusto, entre lo torpe y honesto, ni entre lo dañoso y provechoso: es turbación que todo lo turba, desórden que todo lo desordena, confusión que todo lo confunde; y por escusar su mal término de proceder, llama justicia á lo que es venganza, celo á lo que es enojo, recta intención á lo que es pasión cruel, y deseo de acertar á lo que es ira rabiosa y disimulada. Y en suma, la ira es una de las mas crueles fieras de cuantas se crían en el bosque montuoso de nuestras pasiones, que si se deshierra de las cadenas de la razón, y la dejan seguir sus bravezas y furia, hace daños irreparables. †

Habia á la sazón en aquel convento de San Felipe un fraile muy viejo, de mucha veneración, letras y santidad, el cual toda su vida había profesado hacer amistades y componer odios y bandos; tenía en esto particular don de Dios, y con el celo santo procuró luego que yo me quitase haciéndome algunas buenas pláticas. Supo en qué servicio estaba, y parecióle que la autoridad de mi amo haría mucho al caso para que juntamente con él hiciese las amistades. Cogieronme entre los dos en una capilla de la iglesia, y hiciéronme un sermón que me persuadió eficazmente á que del todo desechase la cólera y odio, y amase de veras al que había tenido por enemigo; y fué de tanto efecto en mí esta plática, que sin duda estuve muchas veces por pedir el hábito al padre prior de aquella casa, y así lo dije á aquel padre que tenía tanta fuerza en sus palabras, y como hombre que de veras había de ser religioso, me ofreció que él haría que se me diese; y con este presupuesto estuve muchos días en aquel convento, aunque después como inconstante y vano mudé de parecer, como adelante verás. Quería dejar de contarte la plática que en mí obró tan buen efecto; pero parece que sería defraudarte de una cosa importante, y creo que tengo tan buena aprehensiva que no dejaré cosa de sustancia.

† Díjome pues: «tiene tanta fuerza la naturaleza, que

imprime en el hijo la semejanza del padre, no solo en la sustancia pero en los accidentes corporales y espirituales: el color, la figura, el lunar, la condicion, el ingenio; y cuando sale muy parecido, decimos que es hijo de padre. Pues llegue la gracia donde llega la naturaleza, y hágaos, hijo, no solo hijo de Dios, sino parecido á él en la condicion. Nuestro padre Dios es de su natural condicion elemento, benigno y misericordioso, fácil de perdonar, y deso se precia; traslademos en nosotros estas entrañas de misericordia, si nos preciamos de hijos suyos. Porque vió á David tan misericordioso y perdonador de injurias, que perdonó á Saul, sufrió á Semey y lloró á Absalon; dijo Dios: «he hallado un varon hecho al talle de mi corazón»; por eso le llama varon, porque es obra varonil remitir las injurias. Ponte delante el ejemplo del hijo natural de Dios, mira cómo cumple y guarda lo que te manda, cómo ama á sus enemigos en vida y en muerte, cómo les hace tan grande beneficio que les da la sangre y la vida, cómo ora y con qué palabras por aquellos que le crucificaban. La primera de las siete palabras que en la cruz se hablaron, como fundamento de los siete sacramentos, y como declaraciones de los siete dones del Espíritu Santo, fué: «Padre, perdónales, que no saben lo que hacen.» Mira, cuando esto dijo, cuán sin consuelo estaba en el alma, porque se le había como de golpe cerrado la puerta á todo lo que no fuese tormento y pena: contéplame en aquella postura lastimosa, cómo está blanqueando su pecho desnudo, cómo bermejea su sangriento costado, cómo estan estiradas sus secas entrañas, cómo estan descaídos sus ojos hermosos, cómo amarillea su real figura, cómo estan yertos sus brazos tendidos, cómo estan colgadas sus rodillas de alabastro, y cómo riegan sus travesados pies los arroyos de su sangre; y sobre todo, cómo blasfemado y deshonrado, no abrió su boca para decir ni una mala palabra. Y pues que la boca habla lo que el corazón piensa, por esto poco que habla tan en tu provecho, considera y entiende lo que piensa aun cuando no habla, y cómo sus pensamientos suben por tí como incienso del brasero de la cruz, donde por tu amor ardia. En el ver orar por sus enemigos conoció el centurion que era Dios, porque no le pareció obra de menos. En testimonio desto, el primer hombre que deramó su sangre por la confesion de la divinidad de Cristo, rindió el alma rogando entre inmensidad de piedras por los que le apedreaban. †

† Díjo Cristo: «¿oistes lo que dijeron los antiguos? Ama á tu amigo, y aborrece á tu enemigo; mas yo te digo: ama á tus enemigos.» Lo primero, no es todo precepto de Dios, que el aborrecer al enemigo es de otra mano. Hombres amigos de sí mismos, y deseosos de venganza, hicieron estas glosas y mala consecuencia por la lógica de Satanás: Dios manda amar al amigo, luego manda aborrecer al enemigo. Gran traicion comete contra Dios el que, no contento con enfadarle, le quiere ahijar las culpas que comete contra su Majestad. Mas dice Dios: ya habreis oido esa doctrina que los malos intencionados, intérpretes de la ley, dan en sus glosas, con grave perjuicio del testo; pero yo vengo á dar la legitima inteligencia de la ley, como autor suyo; y digo, que es mi voluntad que amen así los hombres á sus prójimos; que no baste ser ellos enemigos para que los quieran mal, sino que no obstante esta mala calidad, amen la buena sustancia; y porque en esta bienquerencia, por ser obra oculta de la voluntad, puede haber grande engaño, quiero que se manifieste á los hombres con obras. De tres maneras os puede ofender el enemigo: con el pensamiento aborreciendo, con malas palabras, y con malas obras; y en cambio de eso, quiere Cristo le pagueis con amor su odio, con oraciones sus malas palabras, y con beneficios sus malas obras. †

† Convencidos debíamos estar por la autoridad de tan gran maestro, que en la escuela de la Iglesia católica es la mas segura y cierta demostracion, y que no admite cosa en contrario. Estais vos tan cierto que dos y dos son cuatro, que os reireis de quien os quisiere ir contra ello; pues lo que ahí hace la demostracion, hace en la fe la autoridad divina. Si fuera la que debía la primera mujer, pues la constaba ser Dios el que mandaba, so pena de muerte, no comer del árbol vedado, no tenía para qué poner en disputa si era bien mandado ó no. Los que seguian en tiempos pasados la filosofia de Pitágoras, que fueron quizá los mas antiguos, y que menos errores tuvieron, porque estaban menos apartados de la legitima filosofia, que andaba junta con el verdadero conocimiento de Dios, en los gravísimos negocios y de suma importancia, con una respuesta se daban por satisfechos: «él lo dijo»; y con saber que era hombre quien lo había dicho, no había que alterar mas. No carece hoy el mundo desta manera de filosofia; las mas cosas que se afirman y saben, estriban en la autoridad de quien las dijo, no solo en lo especulativo, sino en lo moral. Un juez, para que dé una sentencia, en que va la hacienda, y á veces la vida y la honra, bástale que lo diga así Bartolo ó Acursio, ó que lo sienta así Abad ó Felino. Un teólogo os alega que es sentencia de santo Tomás; y sin poner en ello dificultad, se determina, absuelve ó condena. Lo mismo los médicos, llegando á decir un aforismo, así lo dice Hipócrates, ó así lo entiende Galeno, no están á mas obligados. Pero no lo llevemos por estos caminos, que, como principalmente tratamos con gente que en los suyos yerran, de los mismos descaminados podemos tomar testigos. Cuando en las cosas del honor quieren los que deso tratan tener satisfaccion cumplida, ¿cuál es la postrera resolucion? No hay que pedir, cuando se llega á la sentencia que sobre ese caso dió Fulano, hombre militar y criado en Flandes desde su juventud, que se halló en tal y tal campo de desafíos, y oyó sobre esta materia y punto hablar á soldados viejos, hombres de ciencia y conciencia, cuales ellos suelen ser. Pues si hombres, y malos, alcanzan á tener con otros hombres tanta autoridad, ¿cuanta mayor es razon que tenga entre sus fieles Cristo, sabiduría del Padre, camino, verdad y vida, doctor de justicia, enviado del Padre con precepto de oírle y obedecerle? ¿No basta que él lo diga, para que se admita sin réplica, y se abraze sin contradiccion? †

† Dirásme: no dudo de la verdad del dicho, que bien creo que es lo mejor y mas acertado, pues Dios lo dice; sino que reparo en el hecho, que es muy duro y dificultoso de cumplir; así me parece á mí también, y le parecerá á quien quiera que no en la superficie y por cumplimiento, sino muy de veras lo quisiera ejecutar. Probadlo, y vereis; pero, amigo, nunca mucho costó poco. ¿Piensas que ir al cielo es subir en coche, y pasearte por el Prado ó alameda? ¿Piensas que te ha de dar de balde lo que á tantos amigos de Dios costó la vida? Engañaste; ¿qué trabajosa es la senda por donde se va al cielo, y cuán pocos la caminan! Lo que poco cuesta, poco vale, y en poco se estima. El amor es sacrificio del corazón; el que ofrece el amor natural al amigo, porque le hace bien, ofrece sacrificio sin costa, porque no cuesta nada amar al bienhechor; pero quien ama á su enemigo por Dios, ofrece holocausto preciosísimo, comprado á costa de sus entrañas y de sangre. ¿Es cosa dura amar al enemigo? Pues no es mucho que hagais una cosa dura por Dios. †

† Pero, vamos adelante, que mirado con ojos desapasionados este precepto, no es cosa dura, sino muy suave y mas conforme á nuestra naturaleza que su opuesto. A los otros animales, cuando vienen al mundo, les arma la naturaleza de uñas, garras, presas, dientes, colmillos, cuernos, conchas, espinas, picos; al fin, armas ofensivas y de-

fensivas, como á rencillosos. Al hombre cria desnudo, flaco, llorando, sin armas, munición ni pertrecho de guerra; porque es animal manso, que entra de paz, y esto es lo que mejor le está. ¶

¶ Si te probase yo que es mas dificultoso desamar al enemigo que amarle, convencida quedaria tu rebeldia. Pues hagamos otro evangelio, opuesto á este que aquí nos predica el Señor, y digamos así: yo os digo á vosotros: aborreced á vuestros enemigos; haced mal á aquellos que os quieran mal; maldecid y detestad á aquellos que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de Satanás, vuestro padre, que arde en los infiernos, que espere la tiniebla de su ceguera sobre buenos y malos, y llueve odios sobre justos é injustos. Pregúntote, hermano: ¿conténtate mas este evangelio? Pues guárdale, y mala pro te haga, que buena no puede ser. Deslinda cada cosa destas en particular; mira que en el desamar tus enemigos está incluida la invidia; y si quieres mal, te ha de pesar del bien que vieres en el que aborreces, y la invidia y pesar del bien ajeno, es la mayor carnicería y mas duro tormento que nadie te puede dar; eso te quema la sangre, y ahelea el contento, y consume la vida. ¿Puede ser tormento igual que mandarte ser verdugo de tí mismo? ¿Qué tirano mandó tal? ¿Qué Falaris, qué Neron tan inclemente y fiero? Pues á esto acompaña la ira, que es bestia tan brava y fiera: con ella, por vengarse de su enemigo, ¿qué de peligros, qué de costas y trabajos echa sobre sí el vengativo! Pues haz mal, y guarde; porque el injuriado, en mármol escribe, y no hay cabello que no haga su sombra. Nadie haga mal, si quiere vivir, aunque sea á un gato; si no, ahí está la justicia, que quien á hierro mata, á hierro debé morir; y á bien librar, perderás la tierra, que, como si te hubiese tragado, así has de desaparecer. Pues si echas maldiciones ó mal deseas, es pedir que el rey, el juez, de sus mismos hijos tome venganza; mira si puede tu ceguera subir á mayor locura. San Esteban, estándole apedreando, levantó los ojos al cielo para buscar algun refugio, pues en la tierra no le hallaba; y como lo primero que encontró con ellos fué Jesucristo, no osó sino rogar por los que le quitaban la vida, porque vió que no se podía ni debía pedir otra cosa al que rogó á su padre por los que le crucificaban. ¶

¶ Esta ley de venganza, me dices, tú, mundano, que es suave, y que la del perdón no se puede sufrir de dura. Los ciegos verán que estás ciego, y que tu pasión te engañó. Mas gusto hallas en ir aperreado, inquieto, tocándote al arma á tu descanso cada día las espaldas de tus pensamientos vengativos, que te persuaden que busques á tu enemigo corriendo la tierra, buscando todos los escondrijos y cuevas, y si se hundiere debajo della, minar hasta los abismos para sacalle de rastro; y que si se te va á los montes, le persigas trepando y gateando por lo mas fragoso de la montaña, por las cordilleras y riscos, por los altísimos picos de las sierras y despeñaderos mas penados, por donde solas bicerras ó revesos lijérisimos pueden saltar. ¡Oh, miserable! ¿qué arrastrado te trae tu ira desenfrenada! ¶

¶ Enojarse es acto natural; enojarse consideradamente es obra virtuosa, que por esto llamaron los peripatéticos á la ira piedra en que se aguza la justicia; pero salir de seso con la pasión es cosa viciosa y escandalosa; y quien sigue los apetitos de la ira, se precipitará en abismos de males. Mucho traga un fuego desmandado, y mas si le ayuda el viento; pero no llega su destrozo al que hace un hombre encendido con ira, que ni teme la del cielo, ni respeta cuanto hay en la tierra. ¿Qué deja un rayo en pié, cuando reyenta una nube con los dolores de parto que le aprietan? Las piedras muele, el acero derrite, las peñas deshace, lo duro ablanda, y ninguna cosa se le pone en resistencia, que no la domene. Tal es el estrago de la ira. Considerad una borrasca cruel de agua; mirad las olas, á veces sobre las nubes, y á veces en el abismo; imaginad

un viento desesperado, que bramando amenaza de tragar la tierra, porque tal está un airado corazón cuando sopla el viento de la venganza: tales son los efectos de la cólera, que todo lo confunde, todo lo escurece, todo lo alborota, todo lo despinta; y si los mismos hombres, cuando están embotijados con ella, se viésen en un espejo, no duda Platon, sino que buyeran de sí mismos, teniendo vergüenza y confusión de considerarse. Todo esto vence el que, con pecho valeroso y cristiano, se reporta y se hace señor de sus pasiones. Estas son las hazañas de la clemencia, las proezas de los varones fuertes y valerosos, las hazañas mas memorables que las de Hércules; el que siendo enojado lo mostró, estando airado se fué á la mano, dándole causa no se dejó llevar de la pasión, pudo vengar y no se vengó, teniendo poder y mando no usó dello para este mal fin: este es verdaderamente hijo de Dios. ¿Quién hay que no sea amigo de honra? ¿Y qué mayor honra que ser hijo de Dios? Por esta dilección y amor del enemigo, se promete este parentesco con Dios, que seamos hijos. El rey escribe á un grande: «duque, primo,» y á un título: «marqués, pariente;» pero si no lo son, no les dará ese apellido. Dios sí, cuyo decir es hacer, da con la nombradía la filiación, y hace que seamos hijos por gracia, y danos caridad, que es amor divino y sobrenatural, con que le amemos: eso promete al que ama á los enemigos; y advierte el agudísimo Orígenes, que no solo una vez seremos hijos, sino tantas cuantas amaremos al enemigo, y le hiciéremos buenas obras, seremos engendrados en hijos de Dios. En esto quiso que pareciese la generación de los hijos adoptivos á la del unigénito natural, que así como él es eternamente engendrado, y siempre su padre le está engendrando, y por esto se llama resplandor de la gloria, porque el resplandor siempre se está produciendo y engendrando de la luz, y así el Verbo divino siempre nace, *Deum de deo, lumen de lumine*. A esta traza, con cada beneficio que al enemigo hiciéredes, con cada acto de amor os estará Dios de nuevo engendrando en hijo suyo. ¿Qué mayor premio se puede esperar ni pretender? ¶

CAPITULO VII.

Trata Guzmán cómo mudó de parecer de hacerse fraile, y asentó de nuevo con otro amo, y cómo por haber leído libros profanos, y por amores de una farsanta, quiso profesar el arte cómico.

Ya te dije que me hizo mucha fuerza la plática de aquel padre, de manera, que no pudo cólera conmigo; y con el fervor y calor, me fui derecho á casa de mi amo, y en su compañía pedi perdón al que fué mi enemigo, y nos abrazamos y confederamos del todo; y no paró aquí, sino que me resolví de tomar el hábito en aquel convento, y aquel padre me habia ofrecido que me le haria dar. Parecióme que la librea que traía no la habia ganado, por lo poco que habia servido; y así, tomando mi hábito viejo de estudiante, y dejándola á mi amo, me fui al convento, en el cual estuve algunos días, que, por hallarme con suficiencia en materia de gramática y griego, y ver al buen ánimo con que deseaba ser religioso, me trataban muy bien, y se ponía en talle el darme el hábito. Pero como mis cosas eran corrida de caballo francés, y tenia hecho tan pocos actos de vida recogida, fuime refriando, y sentia mas de cada día el perder mi libertad, y enfadóme mucho el encerramiento; no podia sufrir el dejar de hacer mis salidas y los desatinos que acostumbraba: tal era la fuerza de mi mala naturaleza, habituada en todos los años de mi mocedad.

¿Cuán bien se encarece la crianza y educación en los tiernos años! Por cierto en ninguna cosa se habia de tener mas cuenta, porque lo que entonces aprenden, jamás lo dejan. Son los niños como cera blanda, que recibe con facilidad cualquier figura que se le imprime, sin resistir mas á una que á otra; como la mar, cuyas olas, si con un viento se levantan soberbiamente sobre las nubes, en vi-

niendo otro aire manso, se allanan todas como un prado. Son como un campo baldío, que hoy es un erial lleno de cardos, espinas y abrojos, y mañana, echándole la reja de la buena doctrina, como se lleva tras sí el arado todas aquellas malezas, luego da el fruto que le sembráredes, y así es grande el fruto de una niñez bien enseñada, adonde, como en oro de subidos quilates, se labra cualquier figura con mucha facilidad, y después no es menos preciosa por la forma que por la materia; pero si la dejan seguir sus apetitos, no esperen que con facilidad se encamine bien y se corrija de grande. Es cosa certísima, que si vemos en los mayores años cometer los hombres cosas indignas del estado que profesan, y aun de la naturaleza que tienen, no hemos de pensar les viene el mal de ayer acá, que de lejos le traen. ¿Cuánto mejor es que lloren los hijos, que no los padres! Mejor es que se quejen de los azotes dados con mano paternal, que los que les pueden venir por mano de un verdugo; y así ninguna muestra de vicio, cuando la dan los niños en sus principios, se ha de tener por pequeña, dejándoles salir con ella; pues en tal edad todo es mucho, que á veces el río grande se hace de arroyos, y á veces en un manantial delgado tienen principio rios muy hondos y caudalosos. Es tempestad la mocedad, porque en ella sale el hombre florido, todo él verde, no reconociendo razón ni otro dueño que solo el brioso impulso de su moza y reciente naturaleza pasa en aquella edad sus años encomendados á la furiosa tempestad de la vida, sigue sus gustos y la ociosidad, de donde nace en ellos la torpeza, los amores profanos, las inquietudes y riñas, y adquiere para en la edad madura las pasiones del ánimo, las enfermedades del cuerpo, la carga de humores crasos y vanos deseos, la indevoción, los juegos y hurtos, el amor desordenado de las cosas terrenas, el enfadarse de las celestiales, y una habituación perjudicial y contraria á todo bien. Esta es muy difícil de dejar, porque en breve tiempo con dificultad se pasa de un extremo á otro, porque tienen los vicios empapada el alma, y como aceite hirviendo han penetrado los huesos; todas las potencias están inficionadas con la mala costumbre de pecar, y teneis la maldición, como vestidura que os cubre de pies á cabeza, apretada con un cinto de la mala costumbre; y esta es la falta de la conversión tardía, no de parte de la misericordia de Dios, que esa no falta á quien de veras se convierte, sino de parte de la voluntad endurecida. ¶

Pues como yo estaba tan habituado á libertad y vicios, resfriéme en pocos días del buen propósito que habia tenido de recibir el hábito, pesóme de hallarme en el mio de estudiante pobre, y no sabia qué modo de vivir habia de tomar. Volvíome el deseo de ir á Valencia, mayormente que ya estaba la corte de partida; pero no tuve cara para volver á casa de mi amo, que sin duda me hubiera vuelto mi librea; ocupábame mucho la vergüenza de desdecir de tan buen propósito como habia tenido, y no pudiera sufrir que mi amo entendiese que habia mudado tan presto de parecer. Salíme á la plazuela de los Herradores á buscar si por suerte me podia acomodar. Era estraña cosa lo que se procuraban pajes, y lo que se corría el oficio; apenas llegué, cuando fui preguntado si quería asentar por paje; no me hice mucho de rogar, por escapar del convento, y porque deseaba ya verme en hábito bizarro, segun me ofrecian. Volvíome mi ventura con otro caballero italiano, llamado don Fernando Espinola: no me pesó dello, porque me habia ido bien con el otro, y sin duda es nación muy generosa y de buen trato. Dióseme librea harta á mi gusto, sombrero negro muy fino, capa y ropilla de raja morada con costosa guarnición, valones de terciopelo fondo raso morado, con fajas de terciopelo negro de flecos, fondo morado y medias de seda morada. No cabia de contento, y parecíame que ya desta vez no habia que temer mudanza de fortuna, pues tan facil-

mente me vi en lo bajo y en lo alto de su rueda, que mas parecia soñado que en realidad. Empecé también á privar con mi amo por el lenguaje italiano que me habia quedado; que quien me oyera no me juzgara por español; que el haber yo estado en Italia de pocos años, y la latinidad que habia aprendido, me hicieron fácil aquella lengua; que es tan allegada y parecida á la latina, como la que en otro tiempo lo fué y es su descendiente. Rastreólo mi amo, de que no habia quien me hiciese dejar de las manos el *Ariosto*, que habia topado en casa; y como un día me viese en él muy embebecido, me dijo: «veni acá, Guzmán, ¿vos entendéis esa lengua?—Pues ¿no, señor? dije, mejor que la castellana»: hizome leer unas cuantas octavas de aquellas del divino Ariosto, para ver si decia verdad, y halló que no diferia mi pronunciación de la suya. Empezó á hablarme en su lengua, y holgóse mucho que le respondiese tan bien y á su gusto. Quiso saber muy por filo toda mi vida en Italia, la cual le conté el mejor método que yo pude, encareciendo buenas fortunas, en que me habia visto, y lo que me favorecia el cardenal, que me amaba como á hijo, y me hizo estudiar latin y griego. Conoció de allí adelante que me tenia mucha voluntad; díjome, que pues era aficionado á lección de humanidad, en su casa tendria lo que podia desear, porque tenia muchos libros della; y en verdad que valia su librería mas de tres mil ducados. Había en ella libros curiosísimos de todas maneras, de polecia, gobierno, moralidad, devoción, poesía, y otros profanos. Di en esto como cedacico nuevo, que me perdia por leer libros de disparates y profanos, que es ordinario y cosa experimentada echar mano el hombre de los libros que hacen á su inclinación; y como los libros de vanidades distraen tanto y hacen tan al gusto de los que son distraídos, fácilmente se abrazan con ellos, y de su elección; y así me iba como por un almiar, bebiendo espíritus de inquietud y mayor distracción. El daño que me causaron, aun en los pocos días que los llevé entre manos, te dirá lo que queda de mi vida, que sin duda perdí mas en estos pocos días que en toda la habituación perversa de la vida pasada.

¶ ¿Cuánto les importaria á los hombres advertir en esto de la elección de libros, que cuanto es loable y provechosa la de los buenos, es dañosa y reprehensible la de los malos, ora sean historiadores, ora poetas! Porque estos autores sospechosos, por decir algunas gracias y agudezas, están sembrados de muchas cosas y palabras dañosas á las buenas costumbres. Afeitan la mentira, y como viene vestida de colores, lleva los ojos tras sí, con que destruye á los lectores. Son los libros malos como mujercillas perdidas; pregonan hermosura fingida, estando de secreto llenas de mil enfermedades; hacen ostentación de vana apariencial con que saltean en poblado, y aun dentro de casa á mediodía, y mas á los de poca edad, en quien por hervir la sangre, prende el fuego tan apriesa, que de puro delicados y fáciles, están tiznados y abrasados, y aun no lo echan de ver. Es muy alabado (y con razón) Augusto César, porque mandó desterrar de Roma al famoso poeta Ovidio, cuando sacó á luz sus tres libros de *Arte amandi*; y si agora hubiera tal censor, ni los semejantes tuvieran ocupadas las emprentas con sus devaneos, ni estuvieran tan llenos los palacios de sus locuras. Digan lo que quisieren, escúsenlo como pudieren, lo que yo sé por experiencia es que el deleite es manjar dulce para los mozos, y puesto en poesía ó buen estilo de hablar, es guisarlos con especias para que se coma mas y sepa mejor. Esto avisa con gran encarecimiento Quintiliano, y manda se quite á los niños en su juventud, porque la experiencia nos enseña cuánta mas fuerza lleva una razón puesta en verso (si es cual debe), que escrita ni dicha en prosa; y quien hace las orejas á esta música y lengua á las palabras de torpes autores, dice san Basilio que abre camino cierto para las obras. ¶